

El otro caballero desconocido: José Moreno Villa

ADOLFO CASTAÑÓN

I

La figura de José Moreno Villa —su estampa esbelta, su porte elegante que adelgaza en ironía la melancolía, sus ojos curiosos de pájaro y la mirada encendida y misteriosa— recuerda la de una pintura clásica del tesoro español: El Caballero de la triste figura, el desconocido que lleva la mano en el pecho, realizada por el Greco. Moreno Villa se recorta en el paisaje como una silueta del Greco, con esa elegancia metafísica, donaire de otro aire y de otro mundo, esa tristura que es sobre todo un fondo sensato para que brille mejor la santa loca. Decir de alguien que suscita reminiscencias del Greco es también aludir a un temple quijotesco, y si el amigo Buñuel hubiese hecho algún rodaje sobre el Ingenioso Hidalgo de la Mancha sin duda habría recurrido a este amigo suyo que tuvo a bien soñar algún día la imagen más terrible de *Un perro andaluz*. Pero los retratos no hablan y Moreno Villa aunque dibujaba y pintaba era sobre todo poeta y escritor. Es decir que era un hombre que sabía mirar con su palabra, que sabía que la palabra cierta ilumina más que el sol. Es una lástima que no se haya realizado alguna grabación con su voz para contrastar con la física y material la grave y plástica si bien pronunciada y levemente atenuada voz que se desprende de su canción —iba a escribir su conversación— escrita. Canción y conversación, en efecto, se funden en su bóveda como el rumor del río y el fragor de las olas en la noche junto a la desembocadura.

Cantar —palabra de soledad—; conversación y coloquio —acto verbal de comunión—: estas dos vetas —para aludir a Octavio Paz— se van trenzando desde la obra juvenil y de primera madurez hasta la obra tardía estableciendo un contrapunto con la poesía de su tiempo. Moreno Villa,

en efecto, con esa palabra que es mirada, supo, si no introducir, sí afincar y aclimatar definitivamente las fuentes y manantiales del habla en la composición escrita; supo restituir “plástica redondez”, para evocar a su amigo Alfonso Reyes, oralidad elegante y sencillez casual al escenario llamado poema. Los estudiosos han fatigado —no sin razón— los pasos perdidos pero firmes —como de quien sabe a dónde va— de *Jacinta la pelirroja*. Pero habría que advertir que el zumbido, el cuchicheo de la conversación recorre toda la obra de José Moreno Villa y que son esas voces coloquiales las que al trenzarse y fundirse con la música que levaba al impulso poético prestan a su canto ese jaspeado inimitable que lo hacen tan moderno, tan nuestro, tan de los que ya vienen. Esta manera de dialogar cantando y de entonar discutiendo es algo muy nuevo y muy antiguo en la España de principios de siglo, y es uno de los puentes que lo afiliaron a los poetas —más jóvenes que él— de la generación del 27.

Antiguo porque era una corriente alterna la que electrizó hasta nuestros días una parte de esa lírica castellana floreciente entre los siglos XVI y XVII en España en las obras de Lope de Vega, Quevedo y también —¿no?— la de un San Juan de la Cruz. Antiguo con la antigüedad de lo popular —de ahí que Antonio Machado reconociera desde un primer momento a José Moreno Villa—. Moderno y crítico porque fue el apartarse de esa vía entre otras cosas y con todo lo que ello significaba lo que volvió anacrónico y endureció en el barroco el ejercicio lírico. Moderno y crítico porque fue una reinención del habla y del sueño populares lo que sembraron ciertos poetas románticos alemanes (¿no traduciría Moreno Villa a Goethe?) y cosecharían luego Apollinaire, Pound, Eliot. De tal suerte que si Moreno Villa se nos figura viva

efigie del Caballero desconocido, del Caballero con la mano en el pecho, esa efigie parece prolongarse hasta el interior del sarcófago verbal pues su flauta evoca la de aquellos otros caballeros del Siglo de Oro, que huyeron del mundanal ruido y tomaron por la escondida senda, que vivieron en conversación con los difuntos, no desdijeron salvar la infame turba y supieron dar voto de obediencia al mundo diciendo a todo que sí al tiempo que iban y venían de sus soledades, partiendo para quedarse, quedándose para partir. Lección de vida, la de Moreno Villa, de vida iluminada y reescrita por el espíritu, lección también de humor y soltura, de espontaneidad alquitaraada con el saber, su poesía es un reloj exacto que va dando las horas de la conciencia del autor y del actor desde la canción y, desde ahí, ayuda al lector a vivir y a conocerse a sí mismo.

II

Lecciones de vida: experiencias expresadas de la historia y de la edad. Véamos la poesía de José Moreno Villa al trasluz de su nombre analizado poética, imaginativamente.

José: es el nombre del casto varón que desposó a la Virgen y que acunó en su taller al Cristo recién nacido, luego de asedios y persecuciones que lo obligaron a huir y a ocultarse. Nuestro poeta sufrió el destierro y tuvo que abrigar su verbo en la oscuridad pero, sobre todo, en su última edad, supo producir una poesía cuyo asunto en la lírica castellana es de gran originalidad. El autor de *Canto en vuelo a su cuna* supo cantar la paternidad con honradez, intensidad y elevación. Más aún, ese canto —y canto en él es reflexión— se propaga fuera del ámbito doméstico y alcanza una reflexión sobre la tradición, la herencia, el porvenir de la poesía, la responsabilidad del poeta ante las letras del porvenir. Firmeza y delicadeza, fortaleza y prudencia eran prendas del santo varón y lo son de nuestro poeta que a diferencia de muchos otros supo vivir y pensar con dignidad poética sus edades humanas y no prolongó como otros su adolescencia lírica en una poética pisaverde.

Moreno: Viene de moro, andaluz. La virtud prístina de nuestro poeta remite al



hontanar de la tradición de la canción popular: copla, décima, saeta, seguidilla, jaracha y jácara. Al cantautor se le reconoce por su don improvisador, por captar la voz al vuelo como nuestro poeta cuya grave y aérea espontaneidad—súbitamente transformable en trayectoria de flecha disparada—hacen pensar en ciertas aves como el ruiseñor. Moreno, es decir oscuro, pájaro azul. La alegría y la melancolía del moro, la discreción y el ensimismamiento del mexicano crepuscular. Entre hombres Moreno nació y murió el poeta. Como que algo lo predestinaba a nacer en México y así nos dejó por vía de ejemplo sus imborrables cornucopias, radiografías inteligentes, microscopías del *ethos* y las mentalidades del México que lo acogió. Pero el moro, el moreno es pasional, celoso como un mercader de Venecia y él fue celoso de su poesía, es decir de su pureza, intransigente con la hojarasca. Moreno, o sea nocturno y solar: negro sol de inteligencia y limpia melancolía.

Villa: Fue nuestro escritor toda una ciudad: pintor e historiador de la pintura, espectador, crítico, actor de la vida literaria, artista e historiador del arte, arqueólogo de los enanos de palacio, torero de la pobretería pública en artículos de opinión, disparador de temas, organizador, inquieto/inmóvil hombre de ideas, fabricante de irónicas flechas en sus *Carambas*, ingeniero de puentes entre las artes y disciplinas.

En medio de esa compleja ciudad de la cultura que fue su vocación Moreno Villa—él mismo lo dice—guardaba una avenida principesca: la calle central de su poesía que comunica a los suburbios de sus facetas sin perder ni hechura ni rectitud. Hombre-puente, hombre-ciudad, el autor de *Jacinta la pelirroja* fue un hombre civilizado, o sea un cuerpo inteligente, regido por la autoobservación, inteligencia gobernada por la voluntad de vivir conviviendo. Pero si su poesía es la espina dorsal y la calle central de esta ciudad cultural llamada Moreno Villa, no debería olvidarse que su obra suscita la pregunta ¿qué es un ser civilizado? Y es que la villa de Moreno Villa más que una corte sometida a éste o aquel poder se presenta como un puerto a donde se embarca y desde donde se zarpa.

La poesía de nuestro autor tiene por eso—y muy eficazmente—un resplandor de faro, una cualidad ejemplar. Moreno Villa fue en vida un guía, y lo sigue siendo. Celebro la aparición de sus *Poesías completas* como un regalo y siento algo parecido—proporción guardada—a lo que el genovés Colón sintiera cuando le fue obsequiado el mapa de Portolano.

III

José Moreno Villa supo cristalizar en su arcilla viva la versátil figura del ingenio re-

nacentista. Muy joven se apasionó por las ciencias, se interesó en la historia del arte—como D'Ors y Cossío—y aun renovó algunos de sus temas, practicó con gustosa soltura el dibujo, el óleo y la acuarela; no desdeñó la observación perspicaz de la vida, la historia y la cultura en los gestos y ademanes de paisanos y ciudadanos (México le debe una imprescindible *Cornucopia*); dio voz inteligente a la memoria y supo escribir una de las autobiografías literarias más modernas y limpias de nuestra lengua, pero, ante todo, lo desveló el misterio de su vocación poética.

Al puñado de libros estrictamente líricos y a su curiosa y aventurera pluma de historiador y observador, ha de sumarse su *Vida en claro* (FCE, México, 1944, y Madrid, 1976), sus (hasta ahora dispersas) *Memorias revueltas*; en fin, los diversos papeles donde la sombra humana razona sobre el cuerpo poético.

Juan Pérez de Ayala preparó fervorosamente la edición de las *Obras completas*. Además de los inéditos (fechados y sin fechar), de las traducciones y primeros poemas, de las dos veces siete libros publicados por este autor cuyo itinerario marca el número 7—según señala el acucioso editor—el tomo incluye una jugosa sección inicial donde José Moreno Villa reflexiona sobre la acción poética y sus actores. Entre tantas observaciones tan agudas como reales destacan los paralelos que establece entre los movimientos del alma y los del cuerpo en poetas como Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, por dar unos cuantos ejemplos. Poemas y observaciones hacen ver por qué José Moreno Villa fue uno de los poetas más respetados por sus pares en una época (1898-1936) que ha sido llamada, no sin alguna razón, la Edad de Plata de la poesía española. ♦

José Moreno Villa: *Poesías completas*, edición de Juan Pérez de Ayala, El Colegio de México/Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, México, 1999. 870 pp.